

Los personajes que Byron  
Hace vivir en sus obras,  
A los poetas modelo,  
Pero al corazón dañosa.

Terribles dudas combaten  
El ánimo de la hermosa  
Que, ajena al sueño, se entrega  
A sus delirios á solas.  
En la riqueza criada,  
Con su beldad orgullosa,  
Amada de sus parientes,  
Las horas una tras otra  
Para ella transcurrieron  
Gratas y veloces todas.  
Era modesto capullo,  
Alba que tímida asoma:  
Hoy para la flor se acerca  
De los perfumes la hora:  
Presto un día esplendoroso  
Ilustra la excelsa bóveda.  
Ama á Carlos, sin que acaso  
Ella misma lo conozca,  
Porque las pasiones siempre  
Terreno ganan incógnitas.  
Recordando los sucesos  
De la tarde se acongoja,  
Pues al retirarse Carlos  
Ni siquiera saludóla.  
Sin duda al verla con Álvarez  
En plática misteriosa,  
Creyó que los dos se aman  
Y que Diana es su novia;  
Y no hay tal, que si á su padre  
La tiene pedida, sobra  
Con que no le ame Diana  
Para que se agüe la boda:

O bien del amor antiguo  
Las llamas ocultas brotan,  
Que, si el ídolo está muerto,  
Es inmortal la memoria.  
¡Cómo esta última idea  
Su amante pecho destroza!  
Porque, forzoso es decirlo,  
Diana á Carlos adora.  
Por un capricho infantil  
Que su inexperiencia abona,  
En aquel instante mismo  
Hallarse pretende á solas  
Frente á la pieza que habita  
El joven, por si ver logra  
(Sabiendo que hasta muy tarde  
Suele éste leer) su sombra.  
Contigua á la de Diana  
La alcoba está que las otras  
Hermanas habitan: quiere  
Saber si duermen: llamólas  
En voz baja: "Guadalupe!  
Ángela! Gabriela!" . . . Ahoga  
Su respiración y aplica  
El oído. . . "Duermen todas"  
Dice: al corredor se lanza:  
Su pie el suelo apenas toca.

De traje blanco vestida,  
Sin atar las trenzas blondas,  
Por el corredor que alumbra  
La luna al Ocaso próxima,  
Se adelanta: quien la viese  
Tomara su esbelta forma  
Por un rayo de aquel astro,  
Si el ruido de la ropa  
Que arrastrando levemente  
Va en su marcha misteriosa,

La realidad no le hiciera  
Conocer.—Pero á muy corta  
Distancia della elevóse  
Bulto de apariencia torva  
Que camina, si camina  
Ella, ó sus pasos acorta  
Si se detiene. . . . Tras ella  
Siempre, parece su sombra;  
Y no le ha visto Diana,  
Que ya en la reja se apoya  
De la ventana de Carlos  
Llena el alma de zozobra.  
Las cortinas por olvido  
Están plegadas ahora:  
Iba á retirarse y quédase,  
Que á Carlos divisa y nota  
Que, hacia la mesa inclinado,  
Ve de pincel linda obra.  
Encima de la carpeta  
Do sus papeles coloca,  
El retrato de una joven  
Tiene. De la fresca rosa  
En sus cabellos prendida  
Contrastan las tintas rojas  
Con la palidez ligera  
De su semblante: en su boca  
Vaga inefable sonrisa:  
Como un ángel es hermosa,  
Y absorto la mira Carlos  
Con expresión melancólica,  
Suspira, y Diana exclama:  
“No es por mí: fué por la otra.”  
A la vidriera sus ojos  
Alza Carlos. . . . Temerosa  
De haber sido descubierta,  
Se retiraba á su alcoba,  
Cuando, al ir pasando frente  
A una escalera, la sombra

Que antes la seguía, dijo:  
“Muy buenas noches, Señora.”  
Lanza grito involuntario,  
Al cuarto llega medrosa,  
Y oye, temblando, la voz  
De su madre que la nombra:  
Diana, Diana. . . . ¡Hija mía!  
¿Has oído? . . . . —No, señora,  
Contesta: “dormida estaba,”  
Y se ruboriza á solas.  
“Pero ¿quién es —se pregunta,—  
Esa fantasma ó persona  
Que me saludó?” Confusa,  
Con las sábanas se arroja;  
Y dormida á quedar vino  
Hasta que rayó la aurora.

No bien ella entrado había,  
Cuando el amante se asoma  
A la puerta de su cuarto.  
Tras su vidriera la forma  
De Diana ver ha creído:  
Su mirada indagadora  
Por el corredor pasea,  
Y sale sin que se oigan  
De la noche en el silencio  
Grave sus pisadas sordas.  
De pie contra el antepecho  
Del corredor ve la sombra  
Que antes siguiera á Diana,  
Y que al llegar él ahora,  
Adelántase á encontrarle  
Y la faz se desemboza.  
—¿Quién sois? el joven pregunta.  
—Carlos, buenas noches.—¡Hola!  
¿Vos en este sitio, Álvarez?  
—¿Vos aquí y á tales horas?

—El fresco á tomar salía.  
—A mí el lecho me acalora  
También.—En esto hay misterio  
Y es fuerza que yo le rompa.  
—Misterio nó; y, supongamos  
Que así sea, ¿qué os importa?  
Yo sé que vive en la casa  
Uno de los dos de sobra.  
—Vos sin duda.—No, á fe mía,  
Que veo en Diana á mi esposa,  
Y os juro que al que intentare  
Estorbarlo, aquesta hoja  
Le clavaré.—Por Diana  
Diera vida y alma y honra;  
Pero es vuestra alma, os lo juro,  
Para arrancármelas poca,  
Que escaso valor sin duda  
Encubre facha traidora.  
—Tened la lengua.—Es inútil,  
Álvarez; cuanto usted oiga  
Mi espada en cualquiera sitio  
Y en día cualquiera abona.  
—Niñerías, niñerías!  
Hablemos en pura prosa,  
Porque, os lo diré, Don Carlos,  
Lo novelesco me choca.  
Farsas de capa y espada,  
Según literarias crónicas,  
Puso en la española escena  
El buen Calderón en boga;  
Pero Calderón ha muerto:  
Dios le tenga allá en su glorial  
¿De nada sirven los años?  
¿Armaremos trapisonda  
Cual dos imberbes lo harían  
Novicios en estas cosas?  
Desde hoy amigos seamos,  
Y de entrambos ella escoja,

Y el desechado en paciencia  
Sobrelleve su derrota,  
Que las mujeres abundan  
Y el entusiasmo retoña.  
¡Eal Carlos, buenas noches;  
Todo ha sido pura broma,  
Olvidese todo.—Carguen  
Los diablos con esta zorra!

Dijérase que, avisados,  
Cuantos en la quinta moran  
Hacen de la noche día,  
Porque de una puerta próxima  
Al sitio en que estaba Carlos,  
Giran las dos altas hojas  
Cuando éste se va. Una vieja  
Asoma su faz rugosa:  
Gafas antediluvianas  
Sobre la nariz coloca:  
El cuello inmenso alargando  
Durante un cuarto de hora,  
Su perspicacia le avisa  
Que á su intento nada estorba;  
Y al fin, saliendo del cuarto,  
Con Álvarez se apersona.  
—¿Has averiguado? . . . —Es cierto:  
Por él mi ama está loca.  
—Lo sabía.—En cuanto al baile,  
Ocho días le demoran,  
Porque Don Fernando quiere  
Que este sea un baile en forma.  
Jóvenes amigos suyos  
Han de venir, y señoras  
Convidadas por las niñas.  
¡Carnestolendas dichosas!  
Bien hayáis! que de tristeza  
Hartas aquí estamos todas.

—¿Y los disfraces?—Diana  
Prepara el suyo. . . . una cosa  
Que han dado en llamar dominico.  
—Será dominó.—¡Qué tonta  
Soy! Cabal. ¡Malditos años!  
—¿De qué color es?—La ropa  
De ancho camisón á guisa  
Es de raso blanco, y roja  
La capucha.—¿Su careta?  
—Como de joven hermosa,  
Y tiene por distintivo  
Un lunar sobre la boca.  
—¿Y el traje de él?—Anoche  
Supe yo por carambola  
(Pues lo dijo su criado  
Entre reservadas bromas  
A mi sobrina) que encarga  
Hoy la vestidura propia  
Para salir de *Quevedo*;  
Nombre de alguno que mora  
En tierras de la otra banda,  
No sé si en España ó Roma.  
—Estuve aquí, buena vieja,  
Esperándote dos horas;  
Pero me has traído al cabo  
Noticias satisfactorias.  
Con el ojo alerta sigue:  
Toma entretanto esta bolsa,  
Y olvídate de que hablamos  
Sobre el asunto una jota.

Cuando Álvarez se retira  
La luna tras alta loma  
Su faz oculta, dejando  
Envuelta la tierra en sombras.  
Murmura un *Ave María*  
La vieja viéndose sola,

Y con descarnada mano  
Su rostro santigua hipócrita.  
De su recámara á tientas  
Anda tras la puerta: hallóla  
Y entra por ella temblando,  
Como tortuga en su concha.

V

Amor inextinguible de Carlos.—Resolución tomada por Diana.—Júbilo de Carlos.—Enfermedad moral de que suelen adolecer las personas de imaginación muy viva.—Podemos utilizar esta enfermedad.—Un amigo predice á Carlos lo que más adelante acontece.

CARTA A DIANA.

En tus manos he puesto mi destino:  
Cese la incertidumbre que me acaba:  
Ayer, ayer tu corazón temblaba  
Cuando oiste el lenguaje de mi amor.  
Un extraño después se me aparece  
Que mi esperanza trueca en amargura,  
Porque me dijo: "Esa mujer tan pura  
Tuya no puede ser: tiene señor."

Anoche, cuando en tí pensaba á solas  
Y por mi ingratitud perdón pedía  
A la imagen de aquella que algún día  
Único dueño de mi afecto fué,  
Ví tu forma al través de la vidriera,  
Iba á echarme á tus pies entusiasmado,  
Y en tu lugar ese rival odiado  
Que entre nosotros se interpone, hallé.

Yo no puedo vivir en esta duda:  
Quiero oír de tus labios la sentencia;  
Pero ¡no la pronuncies! Mi existencia  
Necesita el tesoro de tu amor.

Si el afecto no sientes que inspiraste,  
Deme tu labio una esperanza sola:  
El náufrago que envuelto va en la ola  
Quiere asirse de leño protector!

¿Qué te puedo ofrecer, niña adorada?  
Bajo mi techo la pobreza mora;  
Ni á mi frente da sombra bienhechora  
De la gloria el magnífico laurel;  
Mas, oye, si acogieras tú los votos  
Del corazón que con su amor se quema,  
Sería para él dicha suprema  
Porque le amaras tú sólo por él.

Entonces mi ambición despertaría  
Para ofrecerte un nombre en holocausto:  
Entonces, como ahora, en medio al fausto  
Brillaría tu célica beldad;  
Y al recordar que cuando yo era pobre,  
Tú con tu amor para endulzar mis días  
De la opulencia descendido habías,  
Me respetara á mí la sociedad.

¡Oh! presta luz á mis nublados ojos:  
Presta á mi corazón seguro asilo:  
Dime que puedo ya vivir tranquilo,  
Dime que aceptas mi rendido amor;  
Pero si así no fuere. . . al menos dame  
Una esperanza, una esperanza sola!  
El náufrago que envuelto va en la ola  
Quiere asirse de leño protector!

CARLOS.

RESPUESTA DE DIANA.

Al corazón llegaron tus palabras  
En esa tarde, sí, te lo aseguro,  
Porque tu amor es entusiasta y puro,  
Porque el objeto soy que le inspiró;  
Mas te engañas creyendo que te amo  
Porque mi agitación allí fué mucha:  
Toda mujer que ese lenguaje escucha  
De confusión se llena y de rubor.—

Si ser feliz con el amor pudiera,  
Carlos, mi corazón te adoraría,  
Y con orgullo, sí, compartiría  
Tu pobreza, tu noble obscuridad.  
Mi suerte otra será! Desde la infancia  
Me lo dice fatal presentimiento:  
Yo nací condenada al aislamiento;  
Con ser alguno me uniré jamás!

Desde niña, un deseo indefinible  
Se apoderó de mi alma y la consume:  
He amado de la flor sólo el perfume;  
Más claro aún, he amado lo ideal:  
Y al descender de las regiones puras  
A que el mortal en sueños se sublima,  
Todo en el bajo mundo me lastima;  
Hallo, de un cielo en vez, triste erial.

Amo la soledad cuando el otoño  
Enluta el cielo con tristeza suma,  
Cuando juegan los vientos con la pluma  
Que el ave errante al emigrar soltó:

Y preguntando á alguien si sentía  
Emoción inefable al ver la hoja  
Que el norte arranca y en el fango arroja,  
Mi pregunta al oír, se sonrió.

¿Por qué no me comprenden? ¿Por qué al verme  
Por los bosques errando solitaria,  
Me apellidan la joven visionaria,  
O tachan mi carácter de infantil?  
Tú que en el mundo vives, conociendo  
La enfermedad que en mi interior se esconde,  
Pon la mano en tu pecho y me responde:  
¿Con una esposa tal, fueras feliz?

He creído también que amar pudiera,  
Y he forjado en mis sueños un amante  
Que mi existencia pasajera encante,  
Que me dé con su mano el corazón.  
Álvarez me pretende para esposa,  
Hallar correspondencia en mí esperando;  
Pero no le aborrezcas: te lo mando:  
Odio hacia él no siento ni afición.

Renuncia á tu esperanza. Acá en la tierra  
Como ahora, otras veces has amado:  
De tu afecto el tesoro, minorado,  
Sus primicias no puede ya ofrecer.  
Este capricho tuyo pasaría,  
Y rastro de dolor en mí dejara;  
Diverso amor á poco te ocupara,  
Y la pobre mujer ama una vez!

Si á la tuya enlazara yo mi suerte  
Y disipado tu cariño viera,  
¡Cuánta mi desventura entonces fuera!  
¡Ay! á tu lado ¡cuánta soledad!

Si de mi fe dudaras y tus labios  
Una palabra me dijeran fría,  
¡Una sola palabra! moriría  
Cual ave sin calor ni libertad!

Leiste ya como en abierto libro  
En este corazón. . . . Falta una hoja,  
Y el seguirla ocultando me sonroja:  
Tendré para enseñártela valor.  
Pudiera amarte yo. . . . ¡quizá te amo!  
Hago esta confesión á un caballero;  
Pero escúchame, Carlos, yo lo quiero:  
Nunca vuelvas á hablarme de tu amor.

D\*\*\*

CARLOS A SU AMIGO J.\*\*\*

Yo soy el más feliz de los mortales:  
Mira esa carta que escribió Diana,  
Y cuéntame si hay ventura humana  
Que á la mía se pueda comparar:  
Dime si es suficiente nuestra vida  
Para amar á esa joven hechicera:  
Dí si mi afecto amortiguar pudiera  
En su curso la misma eternidad.

¿Qué importa su carácter visionario,  
Cuando yo mismo pienso como ella;  
Si en él la luz que fúlgido destella  
El ingenio en su aurora descubrí?  
Doblemente la adoro: ella me ama.  
¿No es cierto que en su carta me lo ha dicho?  
Impóneme silencio su capricho;  
Mas soy feliz. . . ¿qué importa el porvenir?

Del corazón el júbilo desborda:  
Necesito esplayar mi sentimiento,  
Como, agitado por el recio viento,  
Lecho más grande necesita el mar.  
¿A quién mejor que á tí comunicarlo?  
Respóndeme y aumenta mi alegría:  
Dime que envidias la ventura mía;  
Que jamás como yo supiste amar.

CARLOS.

RESPUESTA A CARLOS.

He amado como tú. . . Mi alma entusiasta  
Prodigó acá en la tierra su ternura,  
Y una vez y otra vez en la amargura,  
Cosecha de su anhelo, se anegó:  
Como el fénix, amante revivía;  
Como el árbol, su pompa restauraba:  
Llegó día en que el árbol seco estaba,  
Y hojas nuevas á echar nunca volvió!—

No puedes figurarte la tristeza  
Con que mi juventud hoy echo menos;  
Mirando el esplendor de la belleza  
Concedida por Dios á la mujer;  
Mas si en la playa estoy, viejo marino,  
Libre ya del naufragio, desde lejos  
Doy siquiera mis útiles consejos  
Al que en los mares, como tú, se ve.

¿Conque tu corazón, que tú creías  
Muerto para el amor, ha despertado,  
Y ya al carro triunfal hállase atado  
De esa mujer que es ángel para tí?

Que la llames tu esposa y tus caprichos  
Sufra con siempre igual benevolencia;  
Que con su amor prolongue tu existencia;  
Que te cierre los ojos al morir!

La enfermedad que en su interior germina,  
El noble sentimiento es de lo bello:  
De la luz celestial rico destello  
Que á pocas almas en el mundo hirió:  
La facultad de hallar los atributos  
Que revelan de Dios la omnipotencia  
En seres mil en que la estéril ciencia  
La forma material solo admiró.

Pero este sentimiento necesita  
Fin ó blanco hacia el cual nos encamine,  
Pues de la vida el germen debilita  
Si nos conduce á errar en lo ideal:  
Tuerce nuestra razón, el cuerpo enerva  
Y para el bien y el mal nos deja ineptos;  
Siempre en el corazón de sus adeptos  
Rompe ó relaja el vínculo social.

Cuando tengas dominio sobre ella,  
Dícelo así: comprenda su talento  
Que puede utilizar tal sentimiento  
Sobre la tierra ejecutando el bien.  
Ame con tierno afecto á su familia;  
Preste en su hogar al caminante abrigo;  
La desnudez socorra del mendigo,  
Y á su hambre dé pan, agua á su sed.

Sueñe con otro mundo; pero sea,  
Siempre á la luz de mística esperanza,  
Con aquél donde premio el justo alcanza  
Cuando su corazón la muerte heló:

Sepa que el áureo cáliz de la vida  
Pone la dicha en su engañosa espuma,  
Que la bebida es de amargura suma,  
Y apure hasta las heces con valor.

No quisiera decírtelo; mas, siendo  
De sensibilidad ella un tesoro,  
Mucho temo que ofendas su decoro  
Tú, sospechando injusto de su fe.  
Conozco tu carácter: cuando amas,  
De tu sombra y tu voz tienes recelo:  
Si tal haces, su amor truecas en hielo,  
Que es única en su especie esta mujer.

Es el cristal que, limpio y transparente,  
De leve duda al hálito se empaña:  
La sensitiva que al contacto ardiente  
De la mano del hombre se alarmó.  
Si su delicadeza una vez hieres,  
Cuando su estimación hayas perdido,  
Aunque le quede el corazón partido,  
Ella jamás te volverá su amor.

Quiérela, sí, porque beldad tan rara  
Unida á tan excelsa inteligencia,  
Se halla sólo una vez en la existencia,  
Como en lóbrego cielo blanca luz.  
El entusiasmo que tu dicha inspira,  
Distracción á mis penas hoy ofrece:  
Al corazón gastado le parece  
Que ha vuelto á su primera juventud!"

J.\*\*\*

VI

Paisaje de primavera.—La juventud de la naturaleza asociada á la juventud del corazón.—Diana admite los votos de Carlos.

En la margen bellísima del lago  
Que ni el más leve céfiro acaricia:  
Cuando ya de la tarde el ruido vago  
La noche acalla, á la quietud propicia:

De las estrellas al fulgor brillante  
Que en las serenas aguas reflejaba,  
Carlos, pintado el gozo en su semblante,  
Con el objeto de su amor se hallaba.

En la lejana extremidad del monte  
Tapizado de rubias sementeras  
Y sobre el fondo azul del horizonte,  
Su cresta dibujaban las palmeras.

Era en el mes de Marzo, y se cubría  
De hojas el árbol, de verdor la loma:  
La flor su seno virginal abría,  
Su amor cantaba la gentil paloma.

Tibia la brisa que del ancho prado  
Meció en la tarde las nacientes galas,  
Sobre el botón del azahar nevado  
Duerme, plegadas las volubles alas.

Diana, sentada sobre el césped blando  
Al pie del oloroso limonero,  
Guarda silencio, estática mirando  
En la bóveda azul blanco lucero.